

Preparación histórica de la Iglesia de Cristo (Causalidad de la economía salvífica)

I. Generalidades

Todo el tiempo que precede a Cristo es prehistoria de Cristo y lo es también de la Iglesia. La palabra «prehistoria» debe ser entendida en sentido teológico, que es distinto del sentido que se da a la palabra en el uso profano de ella. La prehistoria de la Iglesia empieza en la creación del mundo y del hombre. El transcurso de la historia tiende a Cristo y tiende también a la Iglesia. Pasa por la revelación viejotestamentaria y por el mundo extrabíblico, que también es un camino hacia Cristo. Aunque el anhelo de Dios y de salvación se enredara en un laberinto de egoísmo humano, de superstición y de engaños diabólicos, las religiones no cristianas fueron también un presagio de Cristo y de su Iglesia. Con todo derecho pueden ponerse en boca de la Iglesia las siguientes palabras: «...en mí se arrodillan los pueblos que existen desde hace mucho y muchos paganos alumbran hacia lo eterno desde mi alma. Yo es-

taba oculta en los templos de sus dioses y escondida en las sentencias de todos sus sabios. Yo estaba en las torres de sus astrólogos y en las mujeres solitarias sobre las que el espíritu caía. Yo era el anhelo de todos los tiempos, la luz de todos los tiempos y soy la plenitud de todos los tiempos. Soy su gran estar-juntos y su eterno estar-unidos. Yo soy la calle de todas las calles: por mí pasan los milenios hacia Dios» (Gertrud von le Fort, *Himnos a la Iglesia*).

II. La Iglesia antes de Cristo

1. Los *Santos Padres* y la Teología *medieval* subrayaron tanto la relación entre la época preparatoria y la Iglesia de Cristo, que hablaban de la Iglesia antes de Cristo y hasta de la Iglesia anterior a la Iglesia y de la «Iglesia del principio». El fundamento de esta tesis era la convicción de que los hombres anteriores a Cristo participaron de la salvación por Cristo mismo. Se salvaban creyendo en el futuro Salvador. Los hombres que viven después de Cristo se salvan creyendo en el Mesías ya revelado.

Los Padres y teólogos medievales vieron la garantía de esta doctrina en la promesa con que Dios arrojó al hombre del paraíso. A menudo nos encontramos la idea de que la Iglesia empieza en Adán. Al pecar, el hombre se apartó de Dios. Entonces hubo un momento en que no existió Iglesia en la tierra. Pero sólo fué un momento, ya que inmediatamente después del pecado Dios concedió la gracia de la promesa. En la promesa de que el pecado sería aniquilado y la vida nuevamente regalada, muchos Padres ven incluida la re-inauguración de la Iglesia. Debido a la promesa divina, los hombres no tuvieron ya que vivir en un estado falto de gracia; la promesa de Dios les acompañó durante siglos y milenios hasta que llegó el tiempo determinado por Dios y el Hijo de Dios volvió a someter la historia humana al Padre. Las promesas de Dios no son palabras, por tanto, vanas, sino eficaces; jamás hubo una humanidad desprovista de gracia, ni siquiera al margen del ámbito de la revelación viejotestamentaria. Jamás pudieron ya los hombres olvidar y perder del todo lo que les había sido concedido en su juventud cuando sólo existían en Adán y Eva. Dios continuó en la revelación precristiana atestiguada en la Biblia lo que había comenzado en la «proto-revelación». En ella aparece cada vez más clara la figura del Salvador (vol. II, § 143) y también se destacan cada vez con más precisión los con-

tornos de la Iglesia. Según la doctrina de los Padres, los presagios de Cristo coinciden con los de la Iglesia.

2. Para aclarar y profundizar lo dicho con algunos ejemplos, recordemos que según el testimonio del mártir Justino, toda la humanidad participa del Logos. Quienes vivieron con el Logos fueron cristianos incluso antes de Cristo. El Logos estuvo desde siempre entre los hombres y actuó desde siempre entre ellos. En Cristo se revela plenamente y llega a la plenitud de actividad (*Apología* I, 46; 2, 8, 13). En todas estas afirmaciones el problema que incita a los Padres es el de por qué Cristo y la salvación aparecieron tan tarde en la historia humana. A este difícil problema contestaron diciendo que también antes de la vida histórica de Cristo había posibilidades de salvarse, porque los hombres de la época precristiana podían dirigirse al Logos, es decir, a Cristo. Aunque en el texto citado Justino no usa la expresión «Iglesia del principio», es la idea que está al fondo de su afirmación. La encontramos expresamente en Orígenes y después en toda la época patrística y en la Teología medieval. Los Padres afirman a menudo que los patriarcas y justos del Antiguo Testamento conocieron a Cristo y creyeron en El (por ejemplo, San Ireneo y Tertuliano), que pertenecieron a su pueblo, pero que no pudieron participar de la plenitud de la salvación. Por una parte enseñaron la relación entre el Antiguo y Nuevo Testamento y, por otra, enseñaron la gran diferencia entre ambos. Dice Orígenes: «No debes creer que se la llama Esposa o Iglesia sólo desde la venida del Señor, sino que existe desde el principio del género humano y desde la creación del mundo, o mejor, para buscar con San Pablo todavía más profundo el origen de este misterio, existe antes de la creación del mundo (*Eph.* 1, 4; *Ps.* 74, 2); pues dicen sus palabras: «...por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo» (*Eph.* 1, 4). «...Acuérdate de tu comunidad, aquella que desde el principio hiciste tuya...» (*Ps.* 74, 2). Los primeros fundamentos de la reunión de la Iglesia fueron echados desde el principio. Por eso dice el Apóstol que la Iglesia está edificada no sólo sobre el fundamento de los apóstoles, sino además sobre el de los profetas. Pero entre los profetas hay que contar a Adán, que profetizó el gran misterio en Cristo y en la Iglesia, contenido en aquellas palabras: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre; y se adherirá

a su mujer; y vendrán a ser los dos una sola carne» (*Gen. 2, 24*). Pues sin velos dice el Apóstol de estas sus palabras que son un gran misterio, referidas a Cristo y a la Iglesia. Y cuando el mismo apóstol dice: «Tanto amó Cristo a la Iglesia que se entregó por ella, santificándola en el agua», no quiere decir que antes no tuviera existencia, pues ¿cómo iba a amarla, si no hubiera existido? Sin duda la amó, porque existía. Y existía en todos los santos que hubo desde el principio de los tiempos... Ellos eran la Iglesia que Cristo amó» (*Explicación del Cantar de los Cantares*, lib. 2; Berliner Ausgabe VIII, 157; Hans Urs von Balthasar, *Origenes. Geist und Feuer* (1938) 229; H. de Lubac, *Histoire et Esprit. L'intelligence de l'écriture d'après Origène* (Paris, 1950, 260, 340). De modo parecido hablan San Atanasio, San Eusebio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y Nicetas de Remesiana. Este último, por ejemplo, dice en su explicación del *Símbolo* (10; PL 52,871): «Desde el principio de los tiempos son los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, los profetas, los apóstoles, los mártires, los demás justos que han sido y son y serán, la Iglesia una, porque han sido santificados y sellados en un espíritu y han sido constituidos en un cuerpo. La Cabeza de este cuerpo—según el testimonio de la Escritura—es Cristo.»

San Agustín se ocupa extensamente de las posibilidades de salvación de la época precristiana. Defiende la tesis de la universalidad temporal y espacial de la Iglesia. El fundamento de su tesis es la doctrina de la unicidad y universalidad de la mediación de Cristo y su doctrina del carácter espiritual y personal de la salvación. Así logra una síntesis eclesiológica (Y. Congar), en la que desarrolla la idea del doble Adán. El primero fué autor de la desgracia, el segundo fué causa de la salud. Cristo es causa de la salvación de todos los hombres. Frecuentemente afirma San Agustín que los justos del Antiguo Testamento eran miembros de Jesucristo y que, por tanto, pertenecían también a la Iglesia de Cristo. En su obra *De peccato originali* (cap. 24, núm. 28; PL 44, 389) escribe (en el año 418) lo siguiente: «La fe cristiana en sentido propio gira en torno a dos hombres, de los cuales el uno nos sometió al yugo del pecado y el otro nos liberó del pecado, el uno nos arrojó al abismo de la muerte y el otro nos dió la vida. Existe un Dios y un Mediador entre Dios y los hombres, el mediador Jesucristo. Pues bajo el cielo no ha habido ningún otro nombre en el que pudiéramos ser felices y en El tiene Dios a todos los que obran por la fe, ya que los resucitó de

entre los muertos. En consecuencia, nadie que afirme la verdad cristiana puede dudar de que sin aquella fe, es decir, sin fe en el único mediador entre Dios y los hombres, en el hombre Jesucristo, en la Encarnación, en la muerte y resurrección de Cristo no hubieran podido ser liberados del pecado y justificados por la gracia de Dios los justos del Antiguo Testamento.» Según San Agustín todos los justos del Antiguo Testamento y los paganos que viven justamente pertenecen al cuerpo de la Iglesia. Aunque antes de Cristo el número de santos era escaso, estaban repartidos por todo el mundo; a ellos pertenecieron además de Adán y Eva, los patriarcas y profetas cuya vida y obra fué una profecía de Cristo, y los demás justos del pueblo judío. Sería absurdo decir que Abraham—cuyos hijos en al fe somos nosotros—no perteneció a la Iglesia. Entre los paganos San Agustín cuenta a Job, a Melquisedec y algunas sibilas. Según San Agustín la Iglesia es, por tanto, «cosa antigua» (*De baptismo*, lib. 1, cap. 15, sec. 24). Pero aunque existió mucho tiempo antes de Cristo, sólo en Cristo y por Cristo podía existir. Cristo es la luz que se proyecta a través de los milenios e ilumina todos los espacios de la tierra. San Agustín ve el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad, el pasado y el presente como una totalidad bajo Jesucristo, cabeza única, a quien está ordenado y en quien todas las cosas se mantienen unidas. Sus ojos ven el mundo precristiano ordenado a Cristo e iluminado por la luz de Cristo. Sus justos forman *el corpus Christi* que está en oposición con el *corpus Adam*. En la explicación del salmo 36 (*Sermo 3*; Przywara, *Augustinus* (1934) 355 sgs.; H. Urs von Balthasar, *Aurelius Augustinus. Über die Psalmen* (1936) 56): «Nuestra cabeza es Cristo y nosotros somos su cuerpo. ¿Acaso nosotros y no los que nos precedieron? Todos los que fueron justos desde el principio del mundo tuvieron a Cristo por cabeza, porque creían en El, en el que iba a venir. Nosotros creemos en El, el que ha venido. Gracias a su fe en El se salvaron como nosotros. El mismo debe ser la Cabeza de toda la ciudad de Jerusalén, para la que están contados los creyentes desde el principio hasta el fin, en la que están incluidos los ejércitos y legiones de ángeles, para que haya un solo reino bajo un solo Rey... Pero el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, fué, como un hombre, primero joven, y al final de los tiempos será de edad madura, ya que de ella está escrito que crecerá hasta la edad madura. Ha sido acrecentada por todos los pueblos y su voz es como la de un hombre que considera su edad joven y la última; puede mirar hacia atrás, porque

ha conocido toda edad y en la Escritura la tiene; y habla llena de alegría y advirtiéndolo: yo era joven en los primeros tiempos del mundo y, mira, yo fui vieja, y existo ahora al fin de los tiempos.» En la carta 102 dice (11, 15; Przywara, *Augustinus*, 358): «por eso desde el principio del género humano se salvaron por El todos los que creyeron en El y le reconocieron, como ahora, y vivieron justa y piadosamente estuvieran donde estuvieran y vivieran cuando vivieran. Del mismo modo que nosotros creemos en El en cuanto que está en el Padre y en cuanto que se encarnó, así ellos creyeron en El en cuanto que estaba en el Padre y en cuanto que se iba a encarnar. Y aunque, conforme al transcurso de los tiempos, ahora se predica como sucedido lo que antes era prometido como futuro, no hay razón de creer que la fe ha cambiado o que la salvación es distinta. Ni hay razón de creer que se trata de distintas realidades y de distintas salvaciones, por el hecho de que la misma realidad se predique o prometa con distintos usos culturales y signos religiosos.» (Véase la detenida explicación de esta carta en Fr. Hofmann, *Der Kirchenbegriff des heiligen Augustinus* (1933) 214-221; también explica la idea distinta que tenía San Agustín de las posibilidades de salvación en la época precristiana.) «Y, sin embargo, desde el principio de los tiempos Dios no ha dejado de anunciarse proféticamente unas veces clara y otras oscuramente, conforme a los tiempos; y tampoco ha faltado a los hombres que creyeron en El desde Adán hasta Moisés en el pueblo de Israel... y en otros pueblos antes de encarnarse.» Aunque San Agustín habla en la carta 102 de un universalismo amplísimo al referirse a las posibilidades precristianas de salvación, no hay que olvidar que según su opinión son pocos los que participan de la salvación, a saber, quienes recibieron de Dios una especial iluminación sobre Cristo de forma que le reconocieron como mediador, por ejemplo, los justos del Antiguo Testamento, Job, Melquisedec y algunas sibilas. Al fundar Cristo la Iglesia visible ocurre una profunda transformación. ya que en Cristo la salvación se hace inmediatamente accesible. Pero sigue siendo verdad que los antiguos justos pertenecen al «cuerpo de la Iglesia» como nosotros (*De peccato originali*, cap. 25; PL 44,399; *De peccato mortis et remissione*, lib. 2, cap. 29, núm. 47; PL 44, 179).

III. La Iglesia de los comienzos

1. En la relación con la elaboración de la «ciudad de Dios», San Agustín habla de la «iglesia de Abel». Antes de él no se encuentra esa expresión. Abel es para San Agustín el comienzo de los hombres que no viven humanamente ni según su voluntad, sino al modo divino y según la voluntad de Dios (*De civitate Dei* XIV, 1; *Explicación del Salmo* 142, núm. 3; PL 37, 1846). En el Sermón 341 (cap. 9, núm. 11; PL 39, 1499) dice: «Todos nosotros somos miembros de Cristo y a la vez su cuerpo. No sólo los que vivimos en este lugar y ahora, sino, ¿qué voy a decir?, desde Abel el justo hasta el fin de los tiempos, todos los hombres que engendran y son engendrados, que pasan toda su vida viviendo justamente, forman el cuerpo de Cristo... La Iglesia que ahora peregrina errante es añadida a la iglesia triunfante en la que tenemos a los ángeles como conciudadanos... y en una sola iglesia, la ciudad y estado del gran Rey.» Cfr. *Explicación del Salmo* 90 (*Sermo*. 2, núm. 1; PL 37, 1159). En la explicación del salmo 118 (*Sermo*. 29, núm. 9; PL 37, 1589) dice: «La Iglesia que no ha faltado desde el principio del género humano, cuyo primogénito fué el santo Abel, fué sacrificada como testimonio de que en el futuro la sangre del Salvador sería derramada por el hermano ateo.» En la *Ciudad de Dios* (lib. 18, cap. 51; PL 41, 614) dice: «Y así prosigue la Iglesia su peregrinación entre persecuciones por parte del mundo y consolaciones por parte de Dios, y así fué siempre en el mundo en esos días perversos, no sólo desde que Cristo se encarnó, sino desde Abel, a quien mató su impío hermano. Y así seguirá siendo hasta el fin de los tiempos.» En el libro 15 (cap. 17; PL 41, 460) explica San Agustín por qué no llama a Adán padre de la ciudad de Dios (como, por lo demás, antes había hecho): «Adán es el padre de ambas generaciones, de la que tiene como descendencia la ciudad terrena y de la que tiene como descendencia la ciudad celestial. Pero después de la muerte de Abel, en la que se representa el gran misterio, cada una de las generaciones tiene su propio padre: Caín y Set con sus respectivos hijos... y las características de las dos ciudades... empiezan a destacarse cada vez con más claridad.» En la explicación del Salmo 61 (núm. 6; PL 36, 733) explica: «Todos los que anhelan lo terreno, todos los que prefieren la felicidad terrestre, todos los que buscan lo suyo y no lo de Jesucristo, pertenecen a la ciudad

misteriosamente llamada Babilonia y de la que es rey el diablo. Pero todos los que buscan lo de arriba, los que anhelan lo celestial, los que viven esta vida cuidadosamente para no ofender a Dios, los que se protegen contra el pecado... pertenecen a la ciudad que tiene por rey a Cristo. La primera es, en cierto modo, más vieja en este mundo, pero no más digna. La ciudad terrena nació primero y la ciudad de Dios nació más tarde. Aquélla empezó con Caín, ésta con Abel. Estos dos cuerpos (*corpora*) actúan bajo dos reyes pertenecen a dos ciudades, están en recíproca oposición hasta el fin del mundo, hasta que en la mezcla se haga la separación.» Según San Agustín son Caín y Abel los principios y a la vez las manifestaciones típicas de los dos reinos.

En la época inmediatamente posterior a San Agustín aparece raras veces la idea de la Iglesia de Abel. La encontramos en San Gregorio Magno; según él, pertenecen al cuerpo de Cristo todos los justos desde Abel hasta los últimos elegidos (*Explicación de Ezequiel*, lib. 2, cap. 5, núm. 2; PL 76, 985). En cambio se repite a menudo la idea de una iglesia de los comienzos, por ejemplo, en Fulgencio de Ruspe y en Casiodoro. San Isidoro de Sevilla dice que la iglesia comienza el día de Pentecostés. En la primera Escolástica es defendida casi por todos la idea de la iglesia del principio; véanse, por ejemplo, Ruperto de Dacia, Godofredo de Admont († 1165), Hugo de San Víctor († 1141). Anselmo de Havelberg dice expresamente que la Iglesia empieza con el justo Abel y se completa con los últimos elegidos. Todos sus miembros—desde Abel hasta el fin de los tiempos—forman unidad por la unidad de la fe (*De unitate fidei*; PL 188, 1141). Lo mismo piensan, por ejemplo, San Bruno († 1101), Odón de Ourskamp, Godofredo de Babion, Pedro Lombardo, Zacarías Crisopolitano y numerosos autores de comentarios anónimos de la Sagrada Escritura, especialmente de las epístolas de San Pablo. Durante esta época Abel es considerado muchas veces como justo, mártir y virginal.

En la primera Escolástica se estudió también el problema de por qué la iglesia empezó con Abel. Siguiendo a San Agustín contestaron los teólogos que porque Abel no había sido como Adán, malo y bueno a la vez, sino sólo bueno y por eso podía ser un «tipo» de Cristo, que fué sacrificado y a la vez virginal. (Cfr. Roberto de Melún, Pedro de Poitiers, Esteban Langton.) También en la Alta Escolástica encontramos la tesis de la iglesia del principio o de Abel, por ejemplo, en Guillermo de Auvergne, Alberto Magno,

Tomás de Aquino, Mateo de Aquasparta y Bartolomé de Bolonia.) Tomás de Aquino dice que los padres antiguos pertenecieron al mismo cuerpo de la Iglesia a que nosotros pertenecemos (*Suma Teológica*, III, art. 1, q. 8, ad. 3).

2. La tesis de que la Iglesia ha existido desde el principio o desde Abel presupone una idea determinada de iglesia, a saber, más espiritual-personal que jurídico-jerárquica. Esta última se desarrolló a partir de la mitad del siglo XIII aunque ya estaba fundamentada en la teología precedente y, como veremos, es atestiguada claramente por la Sagrada Escritura. Sólo la concepción de la Iglesia como comunidad de creyentes en Cristo jerárquicamente ordenada constituye el concepto pleno y completo de Iglesia. Bajo este aspecto es problemática la doctrina de la *iglesia del principio*. La eclesiología de San Agustín lo mismo que su doctrina de la Trinidad significa una hipoteca para la teología posterior (cfr. M. Schmaus, *Das Fortwirken der Augustinischen Trinitätspsychologie bis zur karolingischen Zeit*, en: «*Vitae et Veritati*». Festgabe für Karl Adam, 44-56). Al fondo de tales ideas está la filosofía platónica. A consecuencia de su estilo platónico de pensar, San Agustín apenas puede ver la importancia de lo concreto y visible (cfr. M. D. Koster, *Ekklesiologie im Werden* (1940) 23-82).

Bajo la influencia de San Agustín los teólogos postridentinos distinguen también entre la Iglesia conforme al estado del Nuevo Testamento y la Iglesia conforme al estado del Antiguo Testamento (por ejemplo, Tomás Stapleton). El teólogo dominico español Báñez habla de dos conceptos de Iglesia; según el uno es la comunidad de los que profesan la fe en Dios y en este sentido existe una Iglesia desde el principio hasta el fin de los tiempos; según el otro concepto, es la comunidad de los unidos no sólo por la fe, sino además por el bautismo; en este segundo sentido la Iglesia puede ser entendida en general o en particular (*generaliter* o *specialiter*). Según esta última precisión la Iglesia es la unidad visible de los fieles bautizados, unidos en Cristo su única Cabeza y bajo el representante de Cristo en la tierra. El desarrollo de este concepto especial de la Iglesia condujo a hacer alguna claridad en la eclesiología. A su luz se debe hablar de una preparación de la Iglesia de Cristo más que de una Iglesia anterior al Cristo histórico. Es cierto que en la época de la preparación encontramos una especie de anteproyecto de la Iglesia de Cristo. La expresión «preparación» implica un doble

pensamiento: la orientación hacia la Iglesia y su prefiguración. Cfr. Y. Congar, *Ekklesia ab Abel*, en: «Abhandlungen über Theologie und Kirche». Festschrift für Karl Adam. Editado por M. Reding en colaboración con H. Elfer y Fr. Hofmann (1952) 79-108. J. Beumer, SJ, *Die altchristliche Idee einer präexistierenden Kirche und ihre theologische Anwendung*, en: «Wissenschaft und Weisheit» 9 (1942) 13-22. G. Philips, *La Grâce des Justes de l'Ancient Testament* (1948) 18. H. de Lubac, *Katholizismus als Gemeinschaft* (versión alemana de H. Urs von Balthasar, 1943) 44, 145. R. Geiselman, *Christus und die Kirche nach Thomas von Aquin*, en: ThQ (1926) 198-222. Fr. Hofmann, *Der Kirchenbegriff des heiligen Augustinus* (1933) 138. S. Tromp, *Corpus Christi quod est Ecclesia*, I (1946) 124. A. Landgraf, *Die Gnadenökonomie des Alten Bundes nach der Frühscholastik*, en: ZkTh 57 (1933) 215-253. Idem, *Die Lehre vom geheimnisvollen Leib Christi in den frühen Paulinenkommentaren und in der Frühscholastik*, en: «Divus Thomas» 24 (1946) 217-248, 393-428; 25 (1947) 365-394; 26 (1948) 160-180, 291-323, 395-434. M. Pribilla, *Die Kirche von Anbeginn*, en: «Stimmen der Zeit» 117 (1929) 241-254. Fr. Heiler, *Urkirche und Ostkirche* (1937) 21-34.

3. La tesis de prefiguración de la Iglesia, que precede y prepara su verdadera figura, aclara la relación y la diferencia entre las épocas precristiana y cristiana. También antes de Cristo se salvaban los hombres, pero todos los que se salvaban se salvaban por la Iglesia.

4. La propiedad que tiene la revelación viejotestamentaria de ser prefiguración de la Iglesia afecta en primer lugar al conocimiento. Respecto a la Iglesia escondida de la revelación viejotestamentaria valen también las palabras de San Agustín: «En el Antiguo Testamento está escondido el Nuevo, en el Nuevo se revela el Antiguo» (*Quaestiones in Heptateuchum*, lib. 2, cap. 73). Sólo el Nuevo Testamento nos abre la comprensión del Antiguo (*De civitate Dei* XV, 2). En definitiva nos enteramos por boca de Cristo de cómo debe ser interpretado el Antiguo Testamento. Del mismo modo que los muchos signos y símbolos referidos al Mesías sólo se entendieron del todo en Cristo, los símbolos referidos a la Iglesia sólo se entienden del todo en Cristo y en la Iglesia por El fundada. Dice San Agustín: «Todo lo que contemplas ahora en la Iglesia de Cristo,

todo lo que ves cumplirse sobre la tierra en nombre de Cristo, fué profetizado hace siglos» (*De catechizandis rudibus*, 27). El grupo de justos salvados de la catástrofe del diluvio en el arca de Noé es un presagio de la futura comunidad de Cristo. «En el símbolo del diluvio, en el que los justos fueron salvados en el arca, está profetizada la futura iglesia, que salva de la muerte de este mundo para su Rey y Dios por medio de Cristo y del misterio de la Cruz» (*De catechizandis rudibus*, 18). «Los que fueron salvados en el arca representan el misterio de la futura iglesia, que flota sobre las olas del mundo y se salva del naufragio por la madera de la cruz» (*Ibidem*, 27). Como las promesas y símbolos no son palabras y signos vacíos, sino que son portadores de la virtud de Dios en ellos está ya la Iglesia ocultamente presente. Hubo un tiempo, según San Agustín, en que la Iglesia sólo se realizaba en Abel o en Enoch (Explicación del Salmo 128, 2). También Lutero interpreta el Antiguo Testamento como testimonio sobre Cristo; cfr. H. J. Kraus, *Geschichte der historisch-kritischen Erforschung des Alten Testaments* (1956) 15. Pero esta relación no existe sólo en el conocimiento, sino que existe además en el ámbito real de la Salvación (San Agustín, *Sobre el salmo 67*, 19), ya que las promesas y símbolos del Antiguo Testamento no eran palabras y signos vacíos, sino que tenían fuerza y virtud divinas; en ellos estaba ocultamente presente la Iglesia como fuerza activa, aunque todavía no tenía su actual figura.

IV. Fases de la preparación

1. La preparación de la Iglesia se desarrolla en tres fases principales. Podemos hablar también de tres períodos de la prehistoria de la Iglesia. Coinciden con los grados del Antiguo Testamento: Alianza de Dios con Noé, la vocación de Abraham, la misión de Moisés. En la línea ascendente de alianzas que va de Noé a Moisés está prefigurada la Alianza que Dios quería hacer con los hombres llegada la plenitud de los tiempos. La intimidad de la alianza se expresa en el hecho de que el Antiguo Testamento hable a menudo de los desposorios entre Dios y el pueblo de la Alianza (cfr. § 8 de la Mariología).

La Alianza se funda en la iniciativa de Dios (*Gen.* 15, 9-18; 17, 2; *Ex.* 19, 4-6; 24, 5-8. 11; *Am.* 3, 2; 9, 7; *Os.* 2, 16-26; 11, 1;

2, 16. 3-14; *Gen.* 15, 5; 17, 4). Es un gracioso regalo al pueblo (cfr. *Ps.* 89, 4; *I Reg.* 3, 6; *Is.* 55, 3), que El ha escogido para socio suyo. Pero la alianza implica una obligación del pueblo. Sólo puede adorar a Yavé y debe observar su ley (Decálogo, libro de la Alianza, colección de *Ex.* 34, 11-26). Dios ha hecho grandes promesas a su pueblo (la tierra de Caná: *Gen.* 15, 7; 17, 8; *Jer.* 32, 22). Y le ha dado numerosa descendencia, pero espera de él fidelidad al pacto. Fué el amor la única razón de la alianza. Pero el amor de Dios tiene fuerza de mandato. Quien es llamado por Dios a la alianza no puede negarse a hacerla. Dios dirigió su llamada primero a un hombre determinado, pero a través de él a todo el pueblo. No obligó al pueblo, sino que respetó su libertad. El pueblo pudo rebelarse, de hecho, contra la alianza. El pueblo prefirió muchas veces la vida entregada a la naturaleza, con su encanto y magia, a la vida entregada a Dios. Justamente en la frecuente rebelión contra Dios se demuestra que los orígenes de la alianza no están en la profundidad del corazón humano, sino fuera del hombre, en Dios. La alianza no puede ser explicada ni psicológica, ni antropológica, ni históricamente, sino sólo teológicamente; es el modo en que Dios se hizo cargo del pueblo para darle bendición y salvación.

El cuidado de Dios para el pueblo implica la instauración de su reino en él, ya que el hombre sólo logra su auténtica existencia, cuando se entrega y somete a Dios. Dios no impidió la caída del pueblo ni su apartamiento, pero El permaneció fiel a la alianza y por medio de castigos llamó de nuevo al pueblo a la fidelidad prometida en la alianza. Los profetas enviados por El tenían la misión de interpretar las desgracias nacionales como juicios de Dios, despertar la conciencia del pueblo y moverle a conversión. La alianza viejotestamentaria está justamente caracterizada por las repetidas infidelidades del pueblo, por la llamada de Dios a penitencia, por la conversión del pueblo y por las nuevas y repetidas rebeldías.

Cada pacto de alianza atestiguado en el Antiguo Testamento apunta sobre sí mismo al grado próximo. Pero tampoco el último —el mosaico— es el final, sino que es a la vez cumplimiento y promesa. La alianza hecha con Noé logrará su figura definitiva y plena en lo que Isaías y el Apocalipsis de San Juan llaman el cielo nuevo y la tierra nueva (*Apoc.* 21, 1; 20, 11; 3, 12; 21, 2; *Is.* 65, 17; 66, 22; *II Pet.* 3, 13). Este estado definitivo está prefigurado en

la alianza del Antiguo Testamento, pero sólo se realiza activa y eficazmente por la venida de Cristo y por su obra.

Al principio la alianza del Antiguo Testamento no abarcaba más que un estrecho y limitado círculo, ya que había sido pactada entre Dios y el pueblo elegido por El; pero el pueblo tenía la promesa de que algún día abarcaría toda la tierra (*Gen.* 12, 2; 22, 18; *Is.* 42, 22; 52, 10; 54, 2).

2. Considerados en particular los distintos grados de la alianza debemos citar en primer lugar la alianza con Noé (*Gen.* 9, 8-17). Después del diluvio Dios pactó alianza con los hombres y con los animales, de que ya no habría más diluvios de allí en adelante, sino que se continuaría ininterrumpidamente el ritmo natural de siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche para bendición de los hombres. En el pacto con Noé Dios promete salud y salvación terrenas. El arcoiris debía ser garantía de la promesa divina (*Gen.* 9, 13. 17). En él se expresa que el cielo y la tierra seguirán estando unidos (véase el artículo *Regenbogen* en el *Bibel-Lexikon* de H. Haag, 1951, 1411). El grupo de justos salvados en el arca de Noé representaba un anteproyecto de la futura comunidad de Cristo. San Agustín nos dice: «En el símbolo del diluvio, en el que los justos fueron salvados en el arca, está profetizada la futura iglesia, que salva de la muerte de este mundo para su Rey y Dios por medio de Cristo y del misterio de la Cruz» (*De catechizandis rudibus*, 18). Los que fueron salvados en el arca representan el misterio de la futura iglesia, que flota sobre las olas del mundo y se salva del naufragio por la madera de la cruz (*Ibidem*, 27). Noé y su descendencia tenían que ser fieles a Dios y evitar sobre todo el derramamiento de sangre (*Gen.* 9, 4), porque la sangre era tenida por sede de la vida. Véase Cl. Schedl, *Geschichte des Alten Testaments* (1956) I 139-142.

El pacto con Noé deja abierta la cuestión de cómo seguirá la historia; logra figura concreta en la vocación de Abraham (*Gen.* 15, 7-21; 17, 3-8. 10-14). Abraham fué sacado por Dios de su círculo de vida y de cultura y enviado hacia un tenebroso futuro. Se le hacen tres promesas: le nacerá un hijo; será patriarca de un gran pueblo, del que saldrá el Salvador; a Abraham y a su pueblo les corresponderá un país. El pacto entre Dios y Abraham se funda en la iniciativa de Dios, pero sólo se verifica porque Abraham sigue la llamada de Dios. Por su obediencia y fe Abraham es el padre de

todos los creyentes. Quienes como él se entregan a Dios creyendo totalmente, serán para siempre sus verdaderos hijos (*Mt.* 3, 9; *Jo.* 8, 33. 40; *Rom.* 4, 2. 3. 9. 12. 16; *Gal.* 3, 6; 3, 14. 29; 4, 22; 11, 8. 17). El Dios de la alianza es para siempre el «Dios de Abraham». También el pacto con Abraham tiene su signo: la circuncisión.

Abraham se convierte en padre de muchos pueblos y como signo su antiguo nombre Abram es cambiado por el de Abraham (*Gen.* 17, 1-8). Abraham se convierte de hecho en padre de las doce tribus de Israel por medio de su nieto Jacob o Israel. El Dios de Abraham es también Dios de Isaac y Dios de Jacob y se llama también «el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob». En este nombre se expresa su obra en la historia sagrada. Los doce hijos de Jacob o Israel fueron Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. De ellos descendió Israel organizada en doce tribus; por eso es llamada también generación de Israel (*1 Par.* 16, 13; *Neh.* 9, 2), casa de Israel (*Ex.* 16, 31; *Mt.* 8, 6), comunidad de los hijos de Israel (*Ex.* 12, 13; cfr. *Gen.* 32, 32; 36, 31; 45, 21; 46, 8; *Ex.* 1, 1. 7. 9. 13; 2, 23. 25; 3, 9). Véase Cl. Schedl, *Geschichte des Alten Testaments* (1956) 338-341.

Hay que subrayar el hecho de que los hijos de Jacob son doce. El número «doce» tenía en el antiguo Oriente un simbolismo especial, tal vez debido a que el año está dividido en doce meses. En el Antiguo Testamento le encontramos también en el número de los patriarcas y de las tribus descendientes de ellos (*Ex.* 24, 4), en los panes de la proposición (*Lev.* 24, 5) y en algunos sacrificios (*Num.* 7, 3. 84-89). Como las doce tribus descendientes de los doce patriarcas que constituían a Israel (*Gen.* 48, 7. 16. 24; *Ex.* 1, 9; 4, 22; 5, 2; 6, 5; *Jos.* 7, 15; *Jo.* 11, 39; *1 Sam.* 9, 9; *Jue.* 4, 7; *2 Para.* 9, 13; 12, 1; *1 Macab.* 1, 12. 21; *Mt.* 2, 8; *Lc.* 1, 54; *Act.* 4, 10; *Rom.* 11, 2; *Eph.* 2, 12) prefiguran el neotestamentario pueblo de Dios fundado sobre los doce apóstoles, el número «doce» tiene significación histórico-salvadora. Le encontraremos también muchas veces en el Nuevo Testamento (cfr. Cl. Scheld, o. c., 179-180).

El pacto con Abraham fué recogido, continuado y terminado de hacer en la vocación de Moisés, que había nacido en Egipto de una de las doce tribus, a saber, de la tribu de Leví (*Ex.* 2; véanse los datos informativos del *Bibel-Lexikon* de H. Haag, 1160-1169). Moisés recibió la misión de liberar a las tribus de Israel de la esclavitud de los egipcios y llevarles hasta la tierra prometida a Abraham.

También aquí tiene Dios la iniciativa. Pero para que la voluntad de Dios se cumpliera, tuvo que actuar el encargado y enviado por El. Moisés fué el mediador de las enseñanzas y auxilios que Dios daba al pueblo de Israel. Para que el pueblo se pusiera a disposición de Moisés tuvo que superar por una parte la pereza y holganza, el miedo y desconfianza de Israel, y por otra la resistencia de los egipcios. Por mandato expreso de Dios—transmitido por medio de Moisés— el pueblo se puso en marcha. La descendencia de Abraham se convierte en pueblo de Dios que peregrina por el desierto. Las tribus sacadas por Moisés de Egipto sintieron la insegura vida del desierto como una difícil exigencia. Volvieron a anhelar la vida esclavizada pero segura de Egipto. Cuando supieron que tenían que elegir entre la seguridad y la libertad, quisieron escoger la seguridad. Continuamente se rebelan contra Moisés. Muchas veces fué necesaria la intervención de Dios, para que se continuara lo empezado (*Ex.* 3-18). Entre los lugares del desierto adquiere simbolismo especial el monte Sinaí, llamado Horeb en el Deuteronomio. En este monte fué hecha y sellada la alianza entre Dios y el pueblo; la misma alianza hecha antes con Moisés se hace ahora con todo el pueblo. Dios dió la ley de la alianza bajo la forma del decálogo (*Ex.* 20, 2-17) y de los preceptos o ritos culturales (*Ex.* 34). La alianza se hizo entre truenos y relámpagos (*Ex.* 9, 16-19; 20, 18; 24, 17) y rociando con sangre de animales el altar levantado por Moisés (*Ex.* 24, 3-8). Se añadió el banquete de la alianza (*Ex.* 24, 1. 9-11).

La alianza viejotestamentaria que logra su punto culminante en el monte de Sinaí, es confirmada por Dios en la alianza con David y su casa (*II Sam.* 23, 5; 7, 8. 17; *Ps.* 89, 4; *Is.* 16, 5) y con la tribu sacerdotal (*Jer.* 33, 20-22; *Deut.* 33, 9; *Num.* 18, 19). Toda la historia de la humanidad y sobre todo la de Israel es así representada como realización del eterno plan divino de salvación y como prehistoria de la Iglesia de Cristo (véase el artículo *Bund* en el *Bibel-Lexikon* de H. Haag, 267-277).

V. Israel, pueblo de Dios

1. La alianza constituye a Israel en pueblo. Al narrar lo ocurrido en el Sinaí se dice: «Subió Moisés a Dios, y Yavé le llamó desde lo alto de la montaña, diciendo: «Habla así a la casa de

Jacob, di esto a los hijos de Israel: «Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra», pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Tales son las palabras que has de decir a los hijos de Israel.»

Moisés vino, y llamó a los ancianos de Israel, y les expuso todas estas palabras, como Yavé se lo había mandado. El pueblo todo entero respondió: «Nosotros haremos todo cuanto ha dicho Yavé.» Moisés fué a transmitir a Yavé las palabras del pueblo» (*Ex.* 19, 3-8). Según este texto Israel es especial propiedad de Dios entre todos los pueblos. Pero Yavé exige que el pueblo sea digno de su vocación. De aquí en adelante Yavé es el rey de las tribus de Israel (*Deut.* 33, 15), que se reúnen en torno a El como alrededor de su bandera (*Ex.* 17, 15) y son continuamente guiadas y protegidas por Yavé (*Ex.* 13, 17, 21; 33, 14-17; *Num.* 10, 45). Es cierto que el pueblo israelita fué acuñado por el parentesco de sangre y por la historia, pero eso no es más que el presupuesto de su verdadera figura recibida por una especial intervención de Dios en la historia. Dios es el verdadero fundador de este pueblo, ya que desciende de Abraham, llamado por Dios, y recibe su verdadera estructura en el Sinaí y en la continua orientación que Dios le da. Dios es Dios de todos los pueblos (*Rom.* 3, 29), porque es creador de todos los pueblos (*Act.* 17, 24), pero creó y eligió el pueblo de Israel de un modo especial del que ningún otro pueblo puede gloriarse (*Rom.* 9, 11; 11, 28; *Act.* 13, 17); por tanto, es suyo, es el pueblo de Yavé (*Num.* 11, 29; 17, 6; *Deut.* 27, 9; *I Sam.* 2, 24; *II Sam.* 1, 12; *Deut.* 22, 43; *Ps.* 29, 13; *Ex.* 3, 10). El pueblo es la Israel de Yavé (*Ex.* 6, 7; *Lev.* 26, 12; *II Sam.* 7, 24; *Jer.* 11, 4; *Ez.* 34, 30; *Ps.* 35, 7). Los demás pueblos son llamados no-pueblos (*Deut.* 32, 21). Todo el libro del Deuteronomio es una teología del pueblo de Dios. La diferencia entre el pueblo de Dios y el no-pueblo es expresada filológicamente incluso, ya que el primero es llamado *am* hasta casi los comienzos del Nuevo Testamento, mientras que el segundo es llamado *gojim* (paganos). En los Setenta *am* es traducido por *laos* (*Ecl.* 46, 7; *Sab.* 18, 13) y el término *gojim* es traducido por *ethne*. En el Nuevo Testamento —salvo raras excepciones— se conserva la nomenclatura del Antiguo Testamento.

2. El pueblo de Israel pudo llamarse justamente hijo de Dios (*Ex.* 4, 22; *Os.* 11, 1; *Jer.* 31, 9. 20; *Ps.* 80, 16; *Rom.* 9, 4; *Lc.* 1, 54; *Mt.* 8, 12; *Mc.* 13, 28). Israel es la viña o la vid del Señor (*Os.* 10, 11; *Jer.* 2, 21; *Ps.* 80, 9), el rebaño del Señor (*Is.* 40, 11; *Jer.* 32, 2; *Ez.* 34), la esposa de Dios (*Os.* 1-3; *Jer.* 2, 2. 32; 3, 1; *Is.* 54, 5; *Ez.* 16, 23). Dios conoció al pueblo de Israel y le amó y le regaló con su misericordia (*Rom.* 2, 2; 9, 15). El pueblo ha recibido de El los dones de gracia y la vocación (*Rom.* 9, 4; 11, 29). A él fueron confiadas las palabras de Dios (*Rom.* 3, 1; *Lc.* 1, 70; *Hebr.* 1, 1). Israel recibió la ley en la que tiene la forma de la verdad y del conocimiento (*Rom.* 2, 20). El pueblo fué distinguido por la presencia de Dios en su centro. «El poder de la presencia de Dios que en tal manifestación reúne en sí visible y perceptiblemente los hombres y las cosas, y desde esa reunión dispone de sus destinos y, por tanto, del destino de los pueblos» fué sólo concedido al pueblo de Israel (*Ex.* 33, 19-23; 16, 10; 24, 16; 29, 43; 40, 34-38; *Lev.* 9, 6. 22; *III Reg.* 8, 10-66; *Is.* 6, 1-7; *Ez.* 1, 28; *II Para.* 7, 1-7). Cfr. H. Schlier, *Das Mysterium Israels*, en: «Die Zeit der Kirche. Exegetische Aufsätze und Vorträge» (1956) 232-244, especialmente 234.

3. Como el pueblo ha sido elegido por Dios (*Deut.* 4, 37; 7, 6; 10, 15; 14, 2; *I Reg.* 3, 8; *Ps.* 135, 4; 105, 6. 43; 106, 5; 135, 4; *Is.* 14, 1; 41, 8; 43, 10; 44, 1; 49, 7; 65, 9. 15. 22), como es el pueblo de los santos que conocen a Yavé, invocan su nombre y confían en él (*Ps.* 34, 10; *Dan.* 8, 24), tiene también la tarea de vivir conforme a ese su carácter. Su culto es la respuesta a las promesas que Dios le da. «El culto es un acontecer creador en la antigua Israel, mediante el cual es actualizada la salvación histórica y escatológica e Israel es creado como pueblo de Dios» (N. A. Dahl, *Das Volk Gottes. Eine Untersuchung zum Kirchenbewusstsein des Urchristentums* (194) 272). El cumplimiento de la ley es expresión del amor en que Dios le llamó. Esto significa que el pueblo no puede vivir como cualquier otro pueblo, sino sólo en el nombre de Dios. En cuanto pueblo propio de Yavé (*Deut.* 7, 6; 14, 2; 26, 18; 9, 26; 32, 9; *Is.* 19, 25), el sentido de su existencia sólo se justifica, si reconoce a Yavé como Señor en amor y obediencia. Este es el verdadero sentido de su existencia. En consecuencia, todo lo que el pueblo es y debe ser lo es en el culto, ya que en el culto hace lo que le corresponde hacer. En el culto realiza la existencia que Dios le ha dado. El pueblo tiene que estar al servicio del honor de Dios;

debe cuidarlo en el centro de su propio ser y frente a los demás pueblos. Su cuidado principal no es—como para los demás pueblos—la grandeza política y la riqueza económica. Según eso debe realizar un orden de vida distinto del de los demás pueblos; está determinado por el orden de la alianza que Dios le ha concedido. Cumpliendo ese orden de vida se aproxima cada vez más al estado en que Dios y su justicia y amor reinan en el pueblo y sobre el pueblo y en que el pueblo logra su verdadera existencia. Será tanto más él mismo, cuanto más reconozca la majestad de Dios.

4. Al principio el pueblo de Dios es una comunidad nacional. La elección de Dios vale para él y no para otro. Pero le inhiere el carácter de apertura: está abierto para recibir a otros hombres. Los extranjeros pueden ser admitidos en Israel si se adaptan a las características israelitas, más en concreto, al orden de vida determinado por Dios en la alianza. La razón es que el pueblo de la alianza representa a los demás pueblos; está en lugar de todos y todos deben llegar a ser lo que él ha llegado a ser por misteriosa determinación divina: pueblo de Dios. Es lo que se expresa en las palabras que Pedro pronunció, según los *Hechos de los Apóstoles*, apoyándose en la promesa hecha a Abraham: «Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros padres cuando dijo a Abraham: «en tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra» (*Act. 3, 25; cfr. Gen. 12, 3; Rom. 4; Gal. 3; Eph. 2, 12; Act. 7, 17; Hebr. 6, 13*).

VI. La promesa de una nueva alianza

1. Como ya hemos dicho, al pueblo elegido le fué difícil hacer lo que debía: vivir en nombre de Dios. Continuamente intentó configurar su existencia conforme a las tendencias de su naturaleza, de su «bios», a imitación de los pueblos paganos de su entorno. Los profetas enviados por Dios tuvieron que llamar repetidamente al pueblo a que fuera fiel a la alianza, pero a la vez profetizaban un orden nuevo. Jeremías profetizó: «Vienen días, palabra de Yavé, en que yo haré una alianza nueva con la casa de Israel y la casa de Judá; no como la alianza que hice con sus padres, cuando tomándolos de la mano los saqué de la tierra de Egipto. Ellos quebrantaron mi alianza y yo los rechacé, palabra de Yavé. Esa será la alianza que yo haré con la casa de Israel en aquellos días, palabra

de Yavé: «Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en su corazón y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. No tendrán ya que enseñarse unos a otros ni exhortarse unos a otros, diciendo: Conoced a Yavé, sino que todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, palabra de Yavé; porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados» (*Jer.* 31, 31-34). En la misma dirección apunta la visión de Daniel antes citada. El profeta ve hundirse los cuatro reinos de animales (cap. 7). Los animales son símbolo de poder y violencia y a la vez de la humanidad. El profeta vió el animal más terrible «que hacía guerra a los santos y los vencía, hasta que vino el anciano de muchos días y se hizo justicia a los santos del Altísimo y llegó el tiempo en que los santos se apoderaron del reino» (*Dan.* 7, 21-22). «Dará el reino, el dominio y la majestad de todos los reinos de debajo del cielo al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino será eterno y le servirán y obedecerán todos los señoríos» (*Dan.* 7, 27). «Seguía yo mirando en la visión nocturna y vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fué presentado a éste. Fuéle dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno que no acabará nunca y su imperio, imperio que nunca desaparecerá» (*Dan.* 7, 13-14). En su visión contempla Daniel cómo surge un reino poderoso y humano. Su representante es el «hijo del hombre». ¿Cuándo ha aparecido este reino? ¿Quién es ese hijo del hombre? El Nuevo Testamento dice: es Cristo que vino del pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Pues Cristo vino para asegurar las promesas hechas a los padres (*Rom.* 15, 8; *Eph.* 3, 6; *Gal.* 5, 13; *Mc.* 1, 15; *Act.* 2, 36; 13, 32; 26, 16; *Hebr.* 8, 8).

2. Pero cuando irrumpió el tiempo nuevo prefigurado y preparado en el Antiguo Testamento y caracterizado por la venida de Cristo, no fué ni entendido ni aceptado por los portadores del viejo-testamentario pueblo de Dios; rechazaron a Jesucristo, el tanto tiempo prometido y por fin llegado, el revelador y cumplidor del tiempo nuevo, del tiempo de la salvación, que les fué profetizado en cada fase de su alianza; rechazaron a Cristo en quien el Padre supera y cumple todas sus anteriores autorrevelaciones. Ya no podían seguir siendo los socios de la alianza de Dios con los hombres ni los portadores de la revelación de Dios ocurrida en la alianza. Al rechazar a Cristo renunciaron a su propia historia, a los

fundamentos de su existencia en cuanto pueblo de Dios. Por eso se condenaron ellos mismos (*Rom.* 9, 31-33; 10, 2; 11, 7-10). Hasta la llegada de Cristo su historia permaneció abierta hacia una nueva y definitiva figura de alianza; estaba justamente ordenada a esta forma perfecta; por tanto, estaba inconclusa mientras no apareciera el Mesías prometido y prefigurado en los distintos grados de la alianza. Al rechazar al Mesías enviado por Dios, contravino su propia ley de vida hasta el punto que desde entonces no pudo vivir según el sentido de existencia que Dios le había dado. Pero no podía morir, porque las actas de Dios sobre este pueblo no están todavía cerradas (E. Stauffer, *Theologie des NT*, 1948, 4.^a ed., 167-171). La enemistad contra Dios repetida en la historia de Israel de generación en generación se concentró al fin en el odio mortal contra aquel en que Dios daba y exigía todo, en quien vino a su pueblo. La consecuencia fué que el pueblo se obcecó y endureció, que se portó con su propia historia como que no fuera el pueblo elegido, sino como un pueblo al estilo de los paganos. Sólo así pudo ocurrir que gritara: no tenemos más rey que el César (*Jo.* 19, 15). Pero sigue siendo realidad que el Mesías prometido por Dios desciende de Israel y, por tanto, Israel sigue siendo singular entre todos los pueblos (*Rom.* 9, 5; 15, 18). El Mesías es hijo de David y de la progenie de Abraham (*Rom.* 1, 3; *Gal.* 3, 16). Según su existencia terrena pertenece a Israel. El pueblo tiene la palabra y las promesas; a él pertenecen los padres (*Rom.* 9, 4-6). Además al crucificar a Cristo realizaron el plan divino de salvación sin saberlo y sin quererlo. La muerte de Jesús ocurrió representativamente por Israel y por toda la humanidad (*Gal.* 3, 13; *I Cor.* 11, 24; *II Cor.* 5, 14, 21; *Rom.* 5, 6-8; 8, 34). Según San Pablo, Israel sigue teniendo suma importancia para la humanidad (*Gal.* 3, 13; 4, 5). La cruz de Cristo es la salvación y, por tanto, el complemento escatológico de la liberación de las manos de los egipcios (*Rom.* 3, 24; *I Cor.* 1, 30; *Col.* 1, 13). Desde que Cristo vino el pueblo de Israel existe en contradicción consigo mismo. Ya no puede ser lo que tuvo que ser para que su vida tuviera sentido: no puede ser portador de la alianza de Dios. Pero tampoco puede abrirse a los demás pueblos.

3. Como los planes de Dios son irrevocables, la promesa hecha a Abraham no podía ser ilusoria por culpa de la rebelión del pueblo de Dios. La palabra de Dios no es caduca ni ilusoria (*Rom.* 9, 6). La infidelidad de Israel no puede vencer la fidelidad de Dios

(*Rom.* 3, 3; 11, 29). La alianza debía ser transmitida a través de la historia y llevada hasta la meta prevista por Dios. Debía, pues, ser creado un nuevo pueblo de Dios que se hiciera cargo de la misión histórica de Israel; debía heredar las promesas viejo-testamentarias y recibir la plenitud concedida en Cristo. Como debía recoger y transmitir la vocación concedida a Abraham, es la verdadera progenie de Abraham, la descendencia de Abraham en el espíritu (cfr. § 166 b, II, A y B). El Israel carnal fué disuelto por el Israel del espíritu. Dios llamó a los paganos, pero los paganos y gentiles fueron llamados a la alianza de Dios que empezó con Abraham y fué sellada por Moisés. El Dios que los llamaba era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (*Mc.* 12, 26). Los gentiles del este y del oeste, del norte y del sur, se sentarán a la mesa en el reino de Dios con Abraham, Isaac y Jacob (*Mt.* 8, 11; *Lc.* 13, 28). La salvación no volverá a depender de la pertenencia a un pueblo. Hasta entonces había una línea de separación entre los pueblos («pueblo»—«no-pueblo»); desde ahora la alianza de separación correrá entre bautizados y no bautizados; será borrada la separación entre los nacidos judíos y los nacidos gentiles. Pero no todo el Antiguo pueblo de Dios quebrantó la alianza; quedó un resto (*Rom.* 9; *Is.* 10, 22; 1, 9; 8, 14; 28, 16; cfr. *Os.* 2, 25; 2, 1). Este resto del antiguo pueblo de Dios y los gentiles llamados ahora desde más allá de las fronteras del antiguo pueblo elegido, formarán el nuevo pueblo de Dios. Y así se logra que no se rompa la relación con la alianza que Dios hizo con Abraham y Moisés. Tal relación está determinada por dos momentos: porque la elección y misión sigue igual por parte de Dios, y porque queda un resto del antiguo pueblo elegido. Pero a la vez hay una gran diferencia entre la antigua y la nueva alianza; también la diferencia está determinada por dos hechos: por la vocación de los gentiles y porque la antigua alianza se cumple en Cristo. Por eso es creada una nueva realidad salvadora: la vida en el Espíritu Santo (cfr. *Jo.* 7, 39; *2 Cor.* 5, 17). Ya no tiene validez la antigua ley cultural (*Gal.* 5, 6). A la vez el nuevo orden se caracteriza por romper la unidad de la vida política y religiosa, unidad que era característica y típica del antiguo pueblo de Dios (E. Brunner, *o. c.*, 22). La discontinuidad está penetrada de continuidad ya que es el mismo amor de Dios el que se vuelve a los hombres en todos los grados de la alianza. El neotestamentario pueblo de Dios es la Iglesia.

4. Puede surgir la cuestión de si existiría la Iglesia, si el antiguo pueblo de Cristo no hubiera negado a Cristo. La cuestión debe ser respondida negativamente. Por tanto, presupuesto de la Iglesia es la infidelidad (infidelitas) de Israel. Israel tiene al menos un papel negativo en la existencia de la Iglesia. Pero desempeña también un papel positivo, ya que toda la herencia del Antiguo Testamento fluye a la Iglesia y sobre todo, porque la plenitud de la Iglesia está condicionada a la conversión del antiguo pueblo de Dios. Más tarde estudiaremos este tema.

No se puede entender el nuevo pueblo de Dios prescindiendo de Israel. Quien niega la diferencia entre ambos se obstina en permanecer en el grado de salvación superado por la entrada de Dios en la historia; vive, por tanto, de una idea anticuada: es retrógrado, es judaísta o hablando en términos de San Juan «judío»; es hereje en cuanto que de la totalidad de la Revelación sólo tiene en cuenta los estadios preparatorios y rechazan el grado de plenitud. Pero quien a la inversa niega la recíproca pertenencia de ambos Testamentos cae en la herejía de Marción que opuso el Antiguo al Nuevo Testamento y el Dios de la antigua Alianza al Dios de la nueva; esta herejía es algo así como cortar las raíces del árbol. La tesis de Marción fué recogida por el teólogo protestante A. Harnack.

Dice A. Harnack en su obra *Marción* (1924, 2.^a ed.), 127-222: «rechazar el Antiguo Testamento en el siglo II era una falta que la gran Iglesia condenó con toda razón; conservarlo en el siglo XVI era un destino al que no pudo sustraerse la Reforma; pero conservarla como documento canónico dentro del protestantismo es consecuencia de una parálisis religiosa y eclesiástica. Hacer tabla rasa y honrar la verdad en la profesión de fe y en la enseñanza es lo que se exige hoy—ya casi demasiado tarde—en el protestantismo». Cfr. H. Joachim Kraus, *Geschichte der historisch-kritischen Erforschung des Alten Testaments von der Reformation bis zur Gegenwart*, Neukirchen bei Moers, 1956.

Dios cumplió la alianza y creó para portador de ella un nuevo pueblo de Dios por medio de su plenipotenciario, por medio de su Hijo encarnado Jesucristo.